

# Residencia de ancianos

Asensio Sáez

De pronto, sin que ninguna mano presione la falleba, una cristalería se abre. Un frío golpe de viento alcanza entonces, inmisericorde, a las dos viejecitas pulcras, repeinadas, habitantes de la pequeña habitación.

—Juraría haber visto cruzar una sombra.

—Ah, ¿usted también la vio?

Asunción y Gregoria se estremecen, espantadas por el fétido presagio, por este aletazo mortal que nunca se produce en vano. Entienden ambas ancianas que cuando en el profundo sosiego de una tarde como ésta, venciendo la tibia placidez de una atmósfera en calma, una sombra glacial logra abrirse paso, lo más seguro es que alguien vaya a caer abatido como la espiga bajo la dentadura de la hoz.

—Es la muerte, la muerte que ronda.

—A lo mejor viene a por el viejecito que ingresó ayer en la segunda planta, tan aliquebrado y pocho el pobre.

—O a por usted. Bueno, o a por mí, nunca se sabe.

—Jesús;

El corazón, en mero espeluzno. Abiertos como pequeños cráteres sobre el flácido pellejo, las tocas de los poros.

—Dios ponga su mano.

—Amén.

Fuera, el último sol de la tarde barniza las fachadas de cemento en un oro maduro y glaseado. Algo de yema de azúcar, de bola encornada, mantiene el sol en esta hora en que el cristal de los generosos ventanales, la ropa tendida en las azoteas y las antenas oxidadas de los televisores semejan transfigurarse en una dorada belleza única, irreplicable.

Asunción y Gregoria barruntan que morir en una tarde así ha de resultar doblemente doloroso. Tocadas las dos por el mal incurable de la vejez, han confrontado al unísono sus miradas en las que recelos, dudas, temores gemelos se levantan: antes de que el sol llegue a descolgarse, como un caracol, fachadas abajo, una de ellas puede abrir un hueco en la nómina de los asilados en la residencia. Una sombra helada acaba de cruzar la habitación, enfriandoles pavorosamente los tuétanos, signo inequívoco de que la muerte acecha hoy en la residencia. Esto cuenta.

Llega una enfermera portando el platillo metálico con la jeringuilla y el algodón y se levanta enseguida un olor dulzón y acre a la vez pegajoso. Por unos instantes, la mano de la enfermera, sosteniendo la aguja, queda monumentalizada en la tarde.

—Ha pasado la sombra de la muerte, señorita.

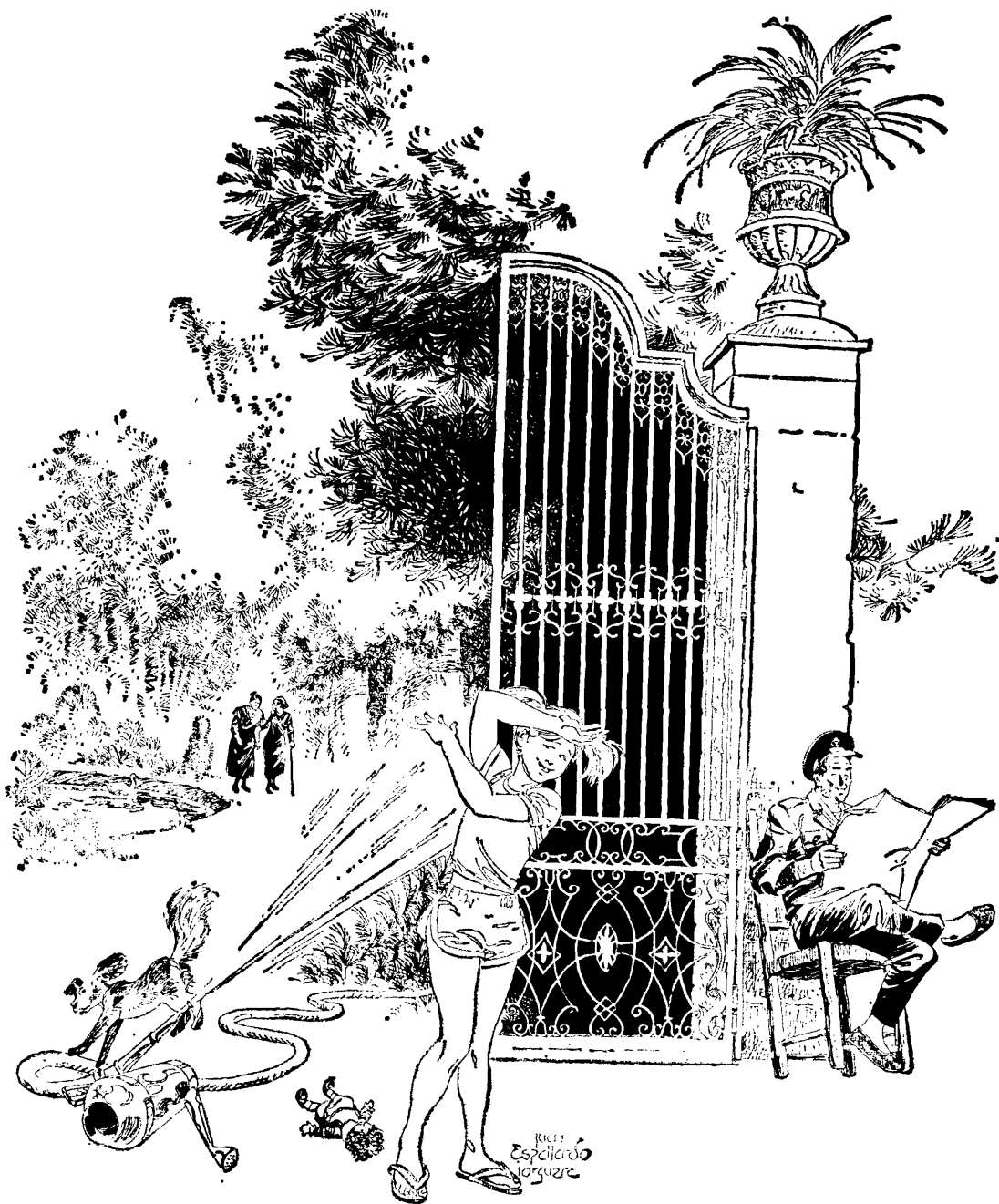
—¡Bah, aprensiones tuyas;

—Que es verdad, que servidora también la vio.

Culos al aire y un pequeño dolor igneo regándoles las nalgas.

Se acuestan pronto, apenas sin probar bocado, tan desgastadas andan, tan acobardadas y en desquite. Asunción se ha decidido por un nuevo bebida; Gregoria, por una tortilla a la francesa. Asunción se levanta a los pocos minutos y requiere su bastón de madera de pino, rematado por una bonita filigrana, en falsa plata que ella cree legítima, pese a que la enfermera ha insistido en más de una ocasión que es de plata de la que cagó la gata.

—Se ve que el huevo me ha



sentado totalmente como un tiro.

Mientras que pueda, utilizará el water y no la chata que la desasosiega y desgobierna. En los lavabos, al encontrarse frente a su imagen acogida en el espejo, la anciana ha tratado de enlazar la Asunción actual, decrepita y pelona, pavorosa ruina congelada en el azogue, con la muchachita de ayer, una Rosita Díaz Gimeno, una Mona Maris, una Imperio Argentina en clase pobre, como quien dice. Tira de la cadenilla. Se alisa el camisón. Antes de decidirse a meterse de nuevo en la cama, ganada por la hermosura de la noche —¿la apatencia de vivir, de no decir "se acabó" todavía?—, se acerca sigilosamente hasta la galería y se acomoda unos instantes sobre la barandilla. Millares de estrellas

salpican el cuenco del cielo. Da gusto, palabra que da gusto. Abajo, en el jardín, cruza alguien con el balde de la basura. De la cocina sube todavía el ruido producido por los cubiertos al entrec chocar con los platos. Sobre el suelo se proyecta la luz de una puerta. En este jardín, cuando el tiempo lo permite, se reciben, tarde de domingo, a las visitas: familiares que besan un tanto despegadamente a los asilados y que traen un pequeño paquete conteniendo unas zapatillas de paño, un "gel", una docena de bollos. Dan una vueltecita por el jardín, al sol o a la sombra, según se tercele, intentando levantar la estatura de una conversación que siempre ha de resultar más bien desgastada y a la postre han de despedirse precipitadamente porque les aguarda la sa-

grada tarde del domingo, con sus cafeterías, sus bingos, sus cines, y así, con el aturdimiento de esas horas de pequeña y bien ganada felicidad semanal, no podrán caer en la cuenta de que algunos años más tarde, acaso no demasiados, serán ellos mismos los que, una tarde de domingo, andarán aguardando, con golosa impaciencia, una visita en este jardín.

Antes de acostarse, Asunción se acerca a la cama de Gregoria. Llama quedadamente. Gregoria no contesta. Apenas se la oye respirar. ¿Y si realmente no respirara? No puede evitar entonces Asunción que toda su sangre se le precipite de golpe en una insana emoción no provocada pero que le llega a reconfortar gozosamente el corazón. Si de verdad Gregoria está muerta, si la amenaza que sobre la residencia viene pesando hoy, desde el mismo momento en que una helada sombra ha decidido visitarla, acaba de cumplirse, es claro que ella queda a salvo, liberada de la muerte. Al menos por ahora. Que el Señor continúe protegiéndola de nuevos peligros por mucho tiempo, así sea, padre nuestro amén Jesús. Una súbita ternura la invade. Verdad es que Gregoria no ha dejado nunca de resultar, en la no fácil convivencia cotidiana de la residencia, una excelente compañera de cuarto. Ni un sí ni un no se han

llegado a cruzar jamás. Decide Asunción el encargo futuro de una misa, una misa en sufragio por el alma de Gregoria. Sólo que, en contra del piadoso proyecto de Asunción, la otra se remueve inesperadamente en su cama. Suspira, tose, se vuelve del otro lado, ventosea, torna a toser y continúa su sueño bendito. Esta propiedad ha manejado siempre: dormirse en el filo de una espada, como el mismísimo lirón. No así Asunción, vencida hora tras hora por el insomnio, alcanzando campanadas, pasos, carcomas, silbidos de un tren lejano que en el silencio de la noche semeja caminar con destino a la estación del Más Allá.

De nuevo en la cama, Asunción comienza un nervioso y deslavado rosario. Por refrescar las secas fauces, Asunción sorbe un pequeño sorbo de agua del vaso de la mesilla y se amodorra. Lo que son las cosas: por una sola vez que intenta poner fronteras al sueño, un pesado sopor comienza a desmadejarse. Sospecha que dormirse en estas circunstancias es tanto como facilitar las cosas. Súbitamente se incorpora, sacudida por el grito de la otra. Da luz y encuentra a Gregoria con la bola de los ojos desorbitada por el terror de una pesadilla. ¿La última? Ya no se dormirá Gregoria. Tampoco, por supuesto, se dormirá Asunción. Ninguna de las dos ancianas podrá ya dormir esta noche. Una desazonada excitación nerviosa las mantiene despejadas en una tensa, terca vigilia. Se acechan ambas, se celan ya con entero descaro y, aunque sin proponérselo del todo, se aferra cada una al clavo ardiendo, salvador, de suponer que, aunque viejas y tocadas las dos por el aletazo de la misma amenaza, la auténtica amenazada sea la otra.

Contra todos los días de plepas y alifafes, de podridas caries, de zapatillas orinadas, de infinitos cansancios; contra todas las tristezas y todas las desesperaciones, una palabra acaba venciendo al fin: vivir. Por eso, cuando, luego, alguien aparece deseándoles los buenos días, acercándoles los primeros medicamentos de la jornada y levanta una persiana, y una luz cruda, limpia, tierna, como recién cortada al pan de la mañana, inunda triunfalmente la habitación, las dos viejecitas se asombran de que los presagios les hayan fallado totalmente y se sorprenden mutuamente de encontrarse vivas, de caer en la cuenta de que todos sus temores, dudas y abatimientos padecidos han sido derrochados inútilmente. Y una alegría exultante, jocunda, elemental; un gozo de niñas perdidas y encontradas en el bosque, termina por desbordarlas. Y es entonces cuando les llega la inesperada noticia, la tristísima nueva de que esta noche la niña menor del conserje de la residencia ha pasado a mejor vida. Todo se lo van contando, por lo menudo. ¡Pobre niña del conserje, una muñeca de anuncio de la "tele"! Ayer, vendiendo salud, jugando tan ricamente en el jardín, como una pintura de Murillo, mascota de la residencia con sus inagotables gracias y travesuras, y hoy ya andará a la vera de Nuestro Señor, trastocada en ángel. Que no somos nada, ya se sabe; que unos hoy y otros mañana, que del polvo salimos y al polvo regresamos y que Dios tenga a la niña del conserje en su santa gloria, en la que, bien arrellanada en una nube celestial, nos espere muchos años, amén.

EN LA MANGA  
DISFRUTE DEL MAR EN 1ª LINEA  
Residencial HAWAII V.P.O.  
503277  
LA MEJOR OCASION EN PRECIOS Y CONDICIONES  
LANZAMIENTO